Las poéticas de la imagen

Los cines por venir. Diálogos con autores contemporáneos

JERÓNIMO ATEHORTÚA ARTEAGA
Crítica, Bogotá, 2020, 346 pp.

EXISTEN MUNDOS abiertos, espacios donde el hombre y el sonido, la imagen y la memoria, la palabra y la música se abren paso mediante preguntas y contradicciones, sorpresas, dudas y asombros, pero sobre todo mediante diálogos que, en el vacío y la experiencia, contienen todo lo anterior junto a sus variaciones y contrarios, junto a sus presencias y ausencias, junto a obsesiones éticas y estéticas.

Este es el caso de *Los cines por venir*, el libro de Jerónimo Atehortúa Arteaga, editado en Crítica por la editorial Planeta, un libro emparentado con otros diálogos entre cineastas como *El cine según Hitchcock*, de Truffaut, o con otros libros ensayísticos como los de Bazin y Kracauer, que son clásicos hoy en día. Con tales antecedentes, el libro de Atehortúa nos trae quince diálogos o conversaciones con cineastas de diversas latitudes que atraviesan el tornasolado horizonte de sus páginas. Desde el apocalíptico húngaro Béla Tarr o el argentino devoto del relato, Mariano Llinás, hasta las ideas sobre el símbolo de la italiana Alice Rohrwacher, tenemos el enorme placer de observar, ahondar y pensar con las ideas de todas y cada una de estas voces. También nos encontramos al vietnamita Apichatpong Weerasethakul, quien por cierto al final del encuentro con Atehortúa anuncia su viaje a Colombia, donde realizó y recién se dio noticia de su último trabajo, relacionado con la urgencia de nuestra memoria. La lista planea sobre otras presencias como Víctor Gaviria y su concepción del actor natural, o como Carlos Reygadas y otros. Este libro también nos deja sentir la ética sobre el concepto de producción de Pedro Costa, o las tendencias vanguardistas de Albert Serra, para terminar con Albertina Carri y Luis Ospina, con quien Atehortúa trabajó.

Pero estas ideas, estas joyas, las pescamos en medio de escarceos y recovecos, de rumias y progresiones gracias a las inquietudes de Atehortúa, quien

por su oficio y experiencia, por su erudición e inteligencia, arroja el libro en un manto que va revelando su unidad, y conduce cada encuentro dejando el espacio y el silencio necesarios para cada tema, agregando lúcidas ideas, modulando las transiciones y dejándose llevar al mismo tiempo por sus interlocutores, de modo casi musical.

Entre esas inquietudes y obsesiones del autor podríamos aventurar ciertos leitmotivos del libro, que el autor ya justifica y deja muy claros desde su introducción, y que matiza en cada una de las breves sinopsis de la poética de cada personaje, antes de cada diálogo. El primero es que quiere saber qué es el cine; luego nos topamos con cuestiones como “por qué se hace cine hoy” y “qué es lo que el cine provee que no pueden dar otros campos” (p. 21). Asimismo surgen y chispean diversas preguntas en su andadura: qué aspectos materiales son necesarios para hacer cine y cómo estos afectan el resultado final; o la postura política de cada autor, pues Atehortúa se interesa por “reivindicar el valor de una visión individual frente a la homogenización de la identidad corporativa propia de Netflix, Marvel, Warner, etc.” (p. 23). En suma, concibe los cineastas/ autores como productores, al modo de Walter Benjamin, como él mismo refiere, aclarando que “la política en el arte no se resuelve en la tendencia ideológica que contiene la obra, sino en cómo ella actúa en su campo”; es decir, sus interlocutores “son políticos en términos de la política del cine y no de los ‘temas’ que tratan” (pp. 23-24).

Otros dos rasgos notables en los que el autor insiste en sus diálogos, y que de modo especular desarrolla la mayoría de sus interlocutores, son puntos esenciales. El primero se refiere al proceso de escritura del guion y a su relación con la premeditación, la intuición y la “espontaneidad”. Y el segundo punto es cómo cada artista inventa sus imágenes y otorga nuevos significados con poéticas y narrativas muy distintas a las del cliché y el tópico.

En el primer rasgo, la progresión de diálogos llega a un punto no poco interesante, en cuanto al tema creativo con cada obra. Así, Atehortúa confirma una idea subyacente en los otros diálogos. Cuando le pregunta a la cineasta norteamericana Kelly Reichardt cuál

sería su opinión sobre “aquello que constituye la especificidad del cine”, ella responde muy brevemente: “La verdad es que no me hago esas preguntas, y tengo la impresión de que nadie en realidad quiere responder eso” (p. 211). Entonces la conclusión del autor, y quizá la de nosotros los lectores, tras estas y otras cuestiones que siguen, es que la pregunta “solo puede resolverse en cada obra”. Porque, como parafrasea el autor,

[...] para ella las ideas sobre el cine se circunscriben a la obra concreta, están limitadas siempre a la creación de la que emanan, porque para Reichardt hacer cine es parte de un proceso de construir un modo de vida que siempre es individual e irrepetible. (p. 211)

Tal idea, que Atehortúa columbra y matiza desde el principio, junto a otras similares, a ratos da la impresión de ser el resultado de una idiosincrasia teórica en demasía. Pero no es así. Lo que el autor parece intentar con sus ideas y preguntas es verbalizar y desentrañar esa experiencia creativa y ese oficio, ese misterio, sin caer nunca en el prejuicio de una rigidez de ideas a priori, o de un formulismo teórico antes del mismo rodaje y demás. Y también busca respuestas sin sacralizar la quintaesencia del instinto y la intuición de cada artista que, al modo del bricolage, en cierto modo improvisa y resuelve sobre la marcha de cada producción y trabajo, más allá de planes o esbozos previos, que nunca faltan en el oficio.

Diego Castillo